



LA POBREZA COMO ESPIRITUALIDAD DE COMPROMISO Y SOLIDARIDAD

Leonardo Boff, OFM

El P. Boff nos ayuda a situarnos en una espiritualidad de pobreza y comprender mejor el sentido evangélico de "pobre". Las líneas que siguen están condensadas del último capítulo del libro: L. Boff, "Teología del cautiverio y de la liberación". Madrid, 1978.

I Solamente los no-pobres tienen problema con la Pobreza.

En toda la Iglesia, especialmente en América Latina y en la vida religiosa, el problema de la pobreza ha pasado a ser en los últimos años una cuestión fundamental. Se habla de la Iglesia de los pobres, hecha por los pobres y para los pobres. La vida religiosa tiene que re-interpretar el sentido del voto de pobreza: pasar de una vivencia intimista, privatizante y ascética a un compromiso de solidaridad pública con los económica y socialmente pobres. Semejante preocupación revela la mala conciencia en que viven la Iglesia y la vida religiosa. Ni la Iglesia ni la vida religio

sa son pobres. Hacen voto de pobreza, pero son otros los que lo observan. El mero hecho de plantearse la cuestión de la pobreza demuestra que vivimos fuera de ella. El pobre no se cuestiona acerca de la pobreza. No piensa en hacerse pobre. Su problema consiste en salir de la pobreza, en reconquistar su dignidad humillada, en conseguir un desahogo que le permita vivir más humanamente, sin la preocupación duradera de tener que sobrevivir. Solamente los ricos se cuestionan acerca de la pobreza y de la riqueza. Es una gracia de Dios el hecho de que, en el momento actual, la Iglesia se plantee con sinceridad el sentido de la pobreza y la calidad del testimonio evangélico que puede dar por medio de la pobreza.

II. La pobreza es un mal que ofende al hombre y que Dios no quiere.

En primer lugar debemos dejar bien sentado que la pobreza no es ningún valor en sí misma. Para la Biblia, el pobre es el necesitado, el enfermo, el débil, el miserable, el condenado a la indigencia. Se presenta a la pobreza como un mal que humilla al hombre y ofende a Dios. El hombre ha sido hecho señor y no esclavo de la tierra. Ha sido creado a imagen y semejanza de Dios; ofendiendo a la imagen se ofende al autor de ella, al mismo Dios.

Los profetas lucharon contra la pobreza de los pequeños. Isaías lanza esta tesis fundamental: "¿A eso llamáis ayuno y día grato a Yavé? ¿No será más bien este otro el ayuno que yo quiero -oráculo del Señor Yavé-: desatar los lazos de maldad, deshacer las coyundas del yugo, dar la libertad a los quebrantados y arrancar todo yugo? ¿No será partir tu pan con el hambriento, y a los pobres sin hogar recibir en casa? ¿Que cuando veas a un desnudo le cubras, y de tu semejante no te apartes?" (Is. 58,6-7).

El Mesías será el liberador "del pobre suplicante, del desdichado y del que nadie ampara" (Sal. 72,12-14). El Reino implica liberación de la pobreza, ya que en él los ciegos ven, los cojos caminan, los leprosos quedan limpios y son bienaventurados los que tienen hambre porque serán sa-

ciados (Lc. 4,2; 7,22). De la Iglesia primitiva de Jerusalén dice San Lucas como elemento altamente positivo que "no había entre ellos ningún necesitado" (Hec. 4,34).

En conclusión podemos decir: la pobreza constituye un mal; para la Biblia es una de las formas de manifestarse la muerte en la vida humana, ya que bajo la muerte no hay que entender solamente el último momento de la vida biológica, sino todo lo que disminuye, limita, humilla, ofende y recorta la existencia humana. Esa pobreza está en contradicción con los designios históricos de Dios. Por eso no puede ser el sentido de un proyecto humano. Ninguno es pobre por la pobreza en sí misma. Si alguien se hace pobre es por otro motivo y no para engrandecer la pobreza como un ideal humano. Con razón decía Santo Tomás de Aquino: "*Non enim paupertas secundum se bona est: la pobreza no es buena en sí misma*". La pobreza no tendrá lugar en el Reino de Dios. Hay que eliminarla.

III. La riqueza es un mal que deshumaniza al hombre y que Dios no quiere.

Si presentamos la pobreza como un mal, entonces ¿será acaso la riqueza, su contrario, un bien? Es interesante comprobar cómo la Biblia tanto en el Antiguo como en el Nuevo Testamento condena la riqueza como un mal que hace al hombre incapaz de Dios y de su Reino. Los profetas anatematizan las riquezas. El Nuevo Testamento es aún más contundente en su condenación.

IV. ¿Por qué condenar tanto la pobreza como la riqueza?.

La condenación tanto de la riqueza como de la pobreza puede parecernos sorprendente. Pero tiene una profunda razón de ser. El Antiguo Testamento y Jesucristo no ven nunca la pobreza y la riqueza en abstracto, como entidades subsistente en sí mismas o como situaciones neutras e inocentes. Ni la riqueza ni la pobreza se producen por generación espontánea. Si nos fijamos bien, veremos que la Biblia habla poco de riqueza y de pobreza como sustantivos abstrac

tos. Habla mucho más del rico y del pobre, que son sustantivos concretos, realidades históricas. La pobreza y la riqueza se engendran dentro de un cierto tipo de relaciones entre las personas a través de los bienes materiales. La pobreza y la riqueza poseen una relación dialéctica; se implican mutuamente. La pobreza es empobrecimiento; la riqueza es enriquecimiento. Hay una riqueza que se construye haciendo a los demás pobres, despojándolos, quitándoles la dignidad, robándoles sus bienes y con ello privándolos de las condiciones materiales para ser dignamente hombres. La pobreza denuncia la presencia de injusticia y la existencia de una riqueza deshonestas. Esa pobreza que significa empobrecimiento es resultado de la ganancia desmesurada de los ricos. No es ningún bien ya que se deriva del mal. El que algunos, en una situación de pobres, puedan conservar su dignidad humana y renunciar a todo espíritu de venganza y de poseer gananciosamente, es fruto, no de la pobreza, sino de la inagotable grandeza humana que se hace capaz de superarlo todo y estar por encima de cualquier situación. No conservan su dignidad por causa de la pobreza, sino a pesar de ella. Ni es posible ideológicamente justificar la pobreza por causa de esa dignidad humana vivida y conservada a pesar del mal de la pobreza. Al contrario, hemos de combatir la pobreza por causa de la dignidad inviolable de cada persona, no para contraponerle la riqueza y presentar a la riqueza como ideal, sino para buscar relaciones más justas entre los hombres que impidan la aparición de ricos y pobres.

La Biblia condena la riqueza porque engendra pobreza. Rechaza la pobreza porque es un escándalo social y significa la presencia de la injusticia. Todos tienen que participar humana y equitativamente de los bienes. La condenación de la pobreza y de la riqueza expresa una valoración de los bienes materiales que, debido a las relaciones deshonestas entre los hombres, no están distribuidos de forma justa entre todos. El ideal bíblico y cristiano no consiste en proponer y en buscar una sociedad rica, sino en crear una sociedad justa. Si queda vulnerada la justicia, todos los demás bienes quedan también heridos. Surgen las divisiones en clases de ricos y de pobres, brotan odios, los abusos y la idolatría. Si hubiera justicia, no habría ya ricos y po-

bres como un escándalo que avergüenza al hombre y ofende a Dios.

San Lucas, en las bienaventuranzas (6,20-26), se sitúa muy dentro de la concepción de que tanto la riqueza como la pobreza deben ser rechazadas por la mala calidad de vida humana y divina que producen. Llama bienaventurados a los pobres, a los hambrientos, a los tristes, a los odiados y proscritos porque se les hará justicia, quedarán hartos, podrán sonreír y recibirán su recompensa. Por consiguiente, el hambre, la pobreza y la persecución quedan rechazadas. Serán bienaventurados porque se verán libres de ellas. A continuación, a las cuatro bienaventuranzas se les contraponen cuatro "malaventuranzas": "¡Ay de vosotros, los ricos! ¡Ay de los que estáis hartos! ¡Ay de los que reís ahora! ¡Ay cuando todos hablan bien de vosotros!" Por tanto, también se rechaza la pobreza. La vida y la felicidad en el Reino y en la vida humana no están ni en la riqueza ni en la pobreza. Residen en la vida justa para con los demás y para con Dios. Tanto la riqueza como la pobreza son irreconciliables con Dios y con el Reino, porque, como existen concretamente en la sociedad de los hombres, implican injusticia y violación pecaminosa de las relaciones fraternales entre los hombres.

Hay, además, otra razón por la que se rechaza la riqueza y la pobreza. La riqueza, por el poder que confiere, tiende a organizarse como un valor absoluto. El dinero exige adoración. Absorbe a las personas, debido a las preocupaciones por conservar y aumentar lo que se tiene. De ahí la advertencia de Jesús: "¡No podéis servir a dos señores!" En el lenguaje de hoy podríamos decir: no podéis tener dos absolutos en la vida. O Dios o el dinero (Lc.16,13; Mt.6,24). La riqueza ofrece una falsa seguridad contra la que ya nos advirtió Jesucristo (Lc.12,15). El autor de 1 Tim. (6,17) aconseja a los ricos que "no pongan su esperanza en lo inseguro de las riquezas, sino en Dios". La riqueza deshumaniza. Los bienes materiales materializan el espíritu y cierran su capacidad de apertura y de comunión.

La pobreza, a su vez, da ocasión a toda clase de mise-

serias, de enfermedades, de hambre, de perturbaciones psicológicas, de falta de estructuración en el individuo y en la familia; lleva al odio, a la lucha, al robo, al crimen, a la blasfemia y a la desconfianza en los hombres y en Dios. Porque es fruto del pecado e inclina al pecado. Los injustamente ricos son corresponsables de la maldad y de la violencia que cometen los pobres y los humillados.

Podemos decir en conclusión: para los profetas, para Jesucristo y para nosotros, los cristianos de hoy, el pobre constituye el punto de arranque para juzgar a la sociedad con sus riquezas y sus comodidades. A partir de ella percibimos la inhumanidad y la injusticia de la pobreza y la iniquidad e indignidad de la riqueza. Nos damos cuenta de que la una engendra a la otra. En la raíz de todo está, no ya la falta de oportunidad, ni la pereza, ni la falta de voluntad para trabajar, sino las relaciones injustas, el afán desmesurado de acumular, la opresión, el robo, el fraude, la extorsión y la explotación del hombre por el hombre. Este espíritu es el que engendra ricos y pobres. No habrá una sociedad más humana, más fraternal y más equitativa sin la conversión de ese espíritu que busca el poseer, el lucro, la seguridad y la acumulación de bienes. Solamente en una sociedad en la que reinen relaciones de justicia entre los hombres puede ser un bien la riqueza. No ya por el poder y por la exclusividad que otorga, sino por el desahogo y por la verdadera libertad que confiere. Nos libera de la necesidad de tener que vivir en función de la supervivencia, nos ofrece la oportunidad de gozar de mejor salud, de mejor instrucción, de una comunicación más fácil y de comunión entre los hombres, los países y los continentes.

El ideal que propone el cristianismo no es una sociedad de exaltación de la pobreza o de la riqueza, sino la de realización de la justicia y de la caridad fraternal. Eso es lo que nos presenta San Lucas en el c.4 de los Hechos, al describirnos la comunidad de bienes de los primeros cristianos hasta el punto de que no había pobreza entre ellos (4, 34). Lo que Lucas propone no es el desprendimiento y la pobreza colectiva, sino la caridad fraterna. Este ideal, nos dice el gran especialista en el evangelio de San Lucas, Jacques Dupont, "se traduce, no en el amor a la pobreza, sino

en el amor a los pobres. Lleva, no a hacerse pobre, sino a velar para que nadie padezca necesidad".

V. ¿Qué significa: "¡Bienaventurados los pobres!"? .

Antes de estudiar ese espíritu nuevo que supera tanto a la pobreza como a la riqueza, espíritu orientado por la sed de justicia y de fraternidad, convendría que tocáramos la cuestión que está en el origen de muchas incomprensiones y que activa los mecanismos de justificación ideológica, idealizadora de la pobreza: ¿qué es lo que significan aquellas palabras de Jesús, conservadas en la versión de San Lucas: "¡Bienaventurados los pobres, porque vuestro es el Reino de Dios!"? (Lc.6,20) .

Cuestión primera y fundamental: ¿quiénes son esos pobres? ¿Son acaso los materialmente pobres, en relación con los cuales se define nuestra obligación de dar limosna, según aquello que dice Jesús al joven rico: "Vende todo lo que tienes y dáselo a los pobres"? (Mt.10,21; Lc. 18,22; cf. otros textos: Mc. 14,5-7; Mt. 26,9-11; Jn. 12,5-6-8; 13,29; Lc.16,20; Mc.12,42). El conocido exégeta Albert Gelin pregunta: "¿Debemos creer, en consecuencia, que Jesús 'ha beatificado a una clase social'? ¿Ha tenido alguna vez el Evangelio las trazas de un manifiesto social? Ningún estado sociológico aparece canonizado en el Evangelio, ninguna clase social, en cuanto tal, ha quedado situada en relación directa con el Reino de Dios; sólo una 'situación' espiritual está en disposición de recibir un don espiritual; únicamente, esta 'apertura' a Dios es lo que se llama pobreza espiritual". Cristo, de nuevo según Gelin, se dirigió a todas las clases y no sólo a los pobres. Los pobres a quienes se anuncia el Evangelio son aquellos que poseen una disponibilidad de apertura de corazón y no los que están ligados a una situación de clases económicamente desfavorecidas. Los pobres, según esta interpretación, son los pobres de espíritu.

Esta interpretación es moralizante y espiritualista. No se muestra atenta al texto de las bienaventuranzas. Allí no sólo se habla de los pobres; se habla también de los

que pasan hambre, de los que lloran, de los que son excomulgados, odiados y proscritos (Lc.6,22). En otros pasajes se hablan de los ciegos, de los lisiados, de los leprosos y de los oprimidos (Lc. 4,18-19; 7,22; Mt.11,4-5). La misión de Cristo va dirigida a estos seres humillados y ofendidos. Jesús vino a liberarlos. La salvación se manifiesta ya en la liberación de estas dimensiones tan duras y nada espiritualizantes de la vida humana. Por tanto, la palabra pobres designa a los económicamente necesitados, a los marginados por sus enfermedades y por otros prejuicios sociales y religiosos. Uno de los mayores especialistas de la problemática social y económica del tiempo de Jesús, Joachim Jeremías, escribe lo siguiente: "Esto nos hace ver con seguridad que los 'pobres' son los oprimidos en sentido amplísimo: los que sufren opresión y no se pueden defender, los desesperanzados, los que no tienen salvación... Originalmente, fue una denominación para designar a los desgraciados. Pero la palabra, en los profetas, abarca también a los oprimidos y a los pobres que saben que están por completo a merced del auxilio de Dios. En el sentido amplio que el concepto de "los pobres" había adquirido en los profetas: en este mismo sentido lo empleó también Jesús. Es verdad que todos los que padecen necesidad, los hambrientos y sedientos, los desnudos y forasteros, los enfermos y encarcelados, pertenecen a "los más pequeños": son sus hermanos (Mt.25,31-46)". La bienaventuranza afirma: de estos pobres en concreto es el Reino de los cielos. Aquí está el secreto que nos abre la comprensión del porqué de ese privilegio de los pobres. Necesitamos tomar conciencia de las representaciones que la palabra Reino de Dios suscitaba en el pueblo judío cuando la escuchaban en labios de los profetas o de Jesucristo. Para todo el antiguo Próximo Oriente, lo mismo que para Israel, la función primordial del rey consistía en hacer justicia a sus súbditos oprimidos y explotados por los ricos y ambiciosos. Según los salmos y los profetas, especialmente Isaías (61,1-2) y Miqueas (4,6-7), el Mesías esperado sería un Mesías de los pobres: "Hará justicia a los humildes del pueblo, salvará a los hijos de los pobres, y aplastará al opresor" (Sal.72,2-4). "El liberará al pobre suplicante, al desdichado y al que nadie ampara; se apiadará del débil y del pobre, el alma de los pobres salvará" (Sal. 72,12-14; Is.9,4-5). Para eso precisamente ha

sido ungido por el espíritu de Yavé, para "anunciar la buena nueva a los pobres..., vendar los corazones rotos, pregonar a los cautivos la liberación y a los reclusos la libertad..., para consolar a todos los que lloran, para darles diadema en vez de ceniza, aceite de gozo en vez de vestido de luto, alabanza en vez de espíritu abatido" (Is. 61,1-3; 11,1ss).

El Rey mesiánico garantizará la justicia del pobre frente a su opresor. Esto constituye por tanto la buena nueva para todos los pobres: ¡ha llegado el día de su justicia! Se pondrá de manifiesto la iniquidad de la riqueza y de la opresión y se revelará también la injusticia de su estado de pobreza. El Mesías irá a hacer valer los derechos del débil contra el fuerte opresor. "De ellos es el Reino de los cielos" significa por consiguiente: ellos se rán los primeros en beneficiarse de la irrupción del Reino de Dios, que es un orden nuevo de justicia, de equidad y de superación de clase rica y pobre.

"La razón de su privilegio -nos dice J. Dupont- no tie ne que buscarse en sus disposiciones espirituales, sino en la manera como concibe Dios el ejercicio de su realeza. Son bienaventurados los pobres, no porque sean mejores que los demás, ni porque estén mejor preparados para recibir el Reino que se acerca, sino porque Dios quiere hacer de su Reino una deslumbrante manifestación de su justicia y de su amor en favor de los pobres, de los que sufren y están afligidos. El privilegio de los pobres tiene su fundamento teológico en Dios. Nos equivocamos al querer fundamentarlo en las disposiciones morales de esos pobres, obligándolos a espiritualizar su pobreza. La pobreza de aquellos a quienes anuncia Jesús la buena nueva del Reino de Dios se enfoca como una condición humana desfavorable que hace de los pobres unasvíctimas del hambre y de la opresión. La pobreza es un mal; precisamente por eso los sufrimientos y las privaciones de los pobres se presentan como un desafío a la justicia real de Dios. Dios ha decidido acabar con todo esto".

Por tanto, *pobres* posee un sentido concreto e histórico, como una situación engendrada por la injusticia que

ofende a Dios y que humilla a la imagen de Dios.

Al predicar la buena nueva a los pobres, Jesús les garantiza que serán liberados de su situación desgraciada. Ser pobre, para san Lucas, no es ningún ideal; es algo que tenemos que superar, lo mismo que hemos de superar la injusticia y el pecado.

¿Y que significa entonces la otra versión que nos conserva san Mateo: "Bienaventurados los pobres de espíritu, porque de ellos es el Reino de los cielos" (Mt.5,3)? Conviene subrayar previamente que de las 24 veces que aparece en el Nuevo Testamento la palabra pobre, 21 veces posee un sentido de necesitado de bienes materiales y por eso mismo digno de ayuda. En 1 Jn.3,17 aparece este sentido de la palabra pobre: "Si alguno que posee bienes de la tierra ve a su hermano padecer necesidad y le cierra su corazón, ¿cómo puede permanecer en él el amor de Dios?" Es un sentido de pobre.

En san Mateo encontramos otro sentido de la palabra pobre, con el significado de un modo de ser espiritual positivo. Ser pobre es ser humilde, manso de corazón, sentirse mendigo delante de Dios, que no tiene nada propio y por eso se hace capaz de recibirlo todo de lo alto. Este sentido estaba ya presente en la tradición del Antiguo Testamento. Para esa disposición espiritual se utilizaba también la palabra anaw (= pobre). Este otro sentido de pobre asumido por Mateo se encuentra en todas las bienaventuranzas. Lo mismo que Mateo habla de pobres de espíritu, también habla de los que tienen hambre y sed de justicia y de los que son perseguidos por causa de la justicia (5,10-11). Estamos ya en otro plano, que no depende del tener o del no tener.

¿Por qué Lucas asume un sentido y Mateo otro? Los dos son verdaderos. La exégesis nos afirma que la formulación de san Lucas se refiere a los pobres simplemente; es la más antigua, la que proviene del Jesús histórico. El propio san Mateo conoce esta formulación más simple, sin la añadida de pobres de espíritu. Cuando Juan Bautista manda preguntar a Jesús si es él el que ha de venir, responde: "Los

ciegos ven y los cojos andan... y se anuncia a los pobres la buena nueva" (Mt.11,5). La añadidura de pobres de espíritu es propia de san Mateo. Probablemente no proviene del Jesús histórico. Pero responde a la mentalidad de ese Jesús, como veremos a continuación. Jesús vino a traer un espíritu nuevo que hace imposible la riqueza y la pobreza como dimensiones dialécticas. Este espíritu está muy bien expresado en las bienaventuranzas de san Mateo. Además, los dos sentidos de pobreza estaban profundamente arraigados en la tradición teológica del judaísmo, pobreza como opresión y pobreza como humildad delante de Dios. Lucas tuvo motivos muy concretos para asumir un sentido -el de la opresión-, mientras que también Mateo los tuvo para asumir el otro -el de espíritu de humildad-. En la comunidad de Mateo, donde había muchos judíos y judaizantes, se corría el peligro de caer en la tentación del fariseísmo ligado a la búsqueda de la propia justicia, al orgullo y a la autoafirmación delante de Dios. Por eso Mateo insiste en la pobreza-humildad de espíritu, en el hambre y sed de justicia, que se contraponen al orgullo. En la comunidad de Lucas se observa una diferencia de clases: había ricos y pobres, existían relaciones de opresión. Por eso Lucas acentúa fuertemente la pobreza-injusticia y la necesidad de que se realice el Reino de Dios que es de justicia, de amor y de paz y manifestación de la fuerza de Dios que restablece las relaciones violadas, liberando de la opresión a los pobres.

Ambos afirman la verdad bajo dos aspectos diferentes y que, a continuación, se implican mutuamente.

VI. La pobreza que es riqueza querida por Dios y que dignifica al hombre.

¿Cuál es la pobreza que agrada a Dios y dignifica al hombre? De las reflexiones que hemos hecho anteriormente se deduce con claridad lo siguiente: no es la pobreza material en sí misma, por las relaciones injustas que supone, al ser engendrada y por las limitaciones deshumanizadoras que provoca. La pobreza que dignifica es la que acabamos de señalar al referirnos al texto de san Mateo: la pobreza de espíritu, llamada también por Gustavo Gutiérrez, el gran

teólogo latinoamericano, de infancia espiritual. Quizá esta expresión -infancia espiritual- resulte más adecuada que la otra -pobreza espiritual-, ya que evita los malentendidos y no da lugar a ciertas mistificaciones teológicas para justificar tanto el estado de pobreza como el de riqueza material. Pero no nos toca a nosotros controlar la vigencia de las palabras. Pobreza, en la tradición bíblico-cristiana, posee también un sentido que no está ligado inmediatamente al tener ni a los bienes materiales, a partir de los cuales se define precisamente al pobre y al rico como clases sociales diferentes: pobreza como humildad y como actitud de infancia espiritual.

1. Pobreza como actitud de humildad.

Así, pues, pobreza significa también la capacidad de acoger a Dios, de reconocer la profunda nulidad de la criatura, el vacío humano delante de la riqueza del amor divino. Pobreza es sinónimo de humildad, desprendimiento, vacío interior, renuncia a toda voluntad de auto-afirmarse. Lo opuesto a la pobreza, en este sentido, no es la riqueza. Es el orgullo, la fanfarronería la auto-afirmación del yo, la cerrazón delante de Dios y de los demás. Como es lógico, en este sentido puede una persona ser pobre materialmente y no ser un pobre humilde, ya que puede ser un orgulloso y estar lleno del afán de poseer de forma egoísta; y también puede uno ser rico materialmente y ser pobre por ser humilde, por estar abierto a Dios y a los demás, viviendo en solidaridad con los menos afortunados y dándole un sentido social a la riqueza heredada.

2. Pobreza material como ascesis para poder vivir la pobreza-humildad.

No basta querer para ser pobre-humilde, abierto a Dios y por eso mismo desprendido de los bienes de este mundo. Hay que poner las condiciones materiales que posibiliten la vivencia de la pobreza-humildad. Aquí es donde tiene lugar la ascesis. Esta no implica desprecio de los bienes, ya que eso sería malo. Sino un uso moderado y módico de esos bienes sin la acumulación que esclavizaría. En

esta dirección han de entenderse las amonestaciones de Jesús contra el enriquecimiento por las preocupaciones excesivas que origina (Lc.12,15), por el olvido de Dios que fomenta (Lc.12,22) y por la tentación de idolatría en que fácilmente se cae (Lc.18,25). El *quantum* de ascesis en la posesión y uso de esos bienes no puede ser determinado a priori. Depende del sistema económico, del lugar, del tiempo, de las personas. De todas formas debe consistir en algo que nos haga recordar continuamente y vivir a Dios como el único Absoluto y al prójimo como la presencia del Absoluto en la historia.

3. Pobreza como compromiso contra la pobreza.

La pobreza-humildad como vacío total y disponibilidad completa delante de Dios no puede a su vez ser ideologizada para amparar una situación histórica en la que haya pocos ricos y muchos pobres. Si una persona está abierta realmente a Dios, se siente impulsada a comprometerse con la justicia en el mundo. El encuentro con Dios la urgirá al encuentro con tantas otras personas en las que se ofende a Dios por la miseria, por el hambre y por la explotación que sufren. El encuentro con los pobres abre a un encuentro exigente con Dios. La pobreza-pecado lleva al pobre-humilde a empeñarse en su superación. Luchar por la justicia en las relaciones entre los hombres y en la distribución más equitativa de los bienes terrenos es una de las formas que asume la vivencia concreta de la pobreza-humildad.

Decíamos anteriormente que para el Nuevo Testamento y para las bienaventuranzas los pobres son los privilegiados del Reino de Dios, ya que por ellos empieza a realizarse y manifestarse lo que significa propiamente el Reino. Dios va a hacer justicia y a restituirles la dignidad robada. ¿Cómo se llevará esto a cabo? Dios no interviene directamente, haciendo milagros. No es ése el modo de su actuación histórica. Interviene sacramentalmente, esto es, interviene utilizando el compromiso de los hombres. Los hombres de fe deberían ser con mayor razón los instrumentos-sacramentos responsables para la superación de la pobreza-pecado. En su trabajo y en todo cuanto emprenden está la ac-

ción de Dios. La historia del Reino se concreta en nuestra historia de liberación. La pobreza-humildad exige un compromiso contra la pobreza-pecado.

Este compromiso se efectúa en dos niveles distintos atestiguados en la Escritura:

- El primero se realiza en el *nivel de la limosna*. El Nuevo Testamento está lleno de invitaciones a la limosna, como forma de solidarizarse con el pobre. "Dad más bien en limosna lo que tenéis, y así todas las cosas serán puras para vosotros" (Lc.11,41). Jesús indica que hay que dar a quien pide, sin esperar la restitución (Lc. 6,30-38). Pero esta forma tiene una limitación muy grande: no suprime el estado de división entre ricos y pobres. Sólo consigue hacer del rico un generoso. Pero sigue siendo rico, ya que conserva su situación de clase.

- En el segundo nivel se da un paso más allá. Se asume la pobreza. Se despoja uno de todos los bienes. No por que se vea en la misma pobreza un bien que haya que buscar. Sino como movimiento de amor y como compromiso con los pobres, a fin de luchar junto a ellos por la supresión de la pobreza que deshumaniza. La pobreza se cura con la pobreza. Si la pobreza-pecado es un producto de la falta de amor y de solidaridad, entonces será el amor comprometido y la solidaridad la fuerza de su liberación. "No se trata de idealizar la pobreza -nos dice Gustavo Gutiérrez-, sino, por el contrario, de asumirla como lo que es: como un mal; para protestar contra ella y esforzarse por abolirla. Como dice P. Ricoeur, no se está realmente con los pobres sino luchando contra la pobreza. Gracias a esta solidaridad -hecha gesto preciso, estilo de vida, ruptura con su clase social de origen- se podrá, además, contribuir a que los pobres y despojados tomen conciencia de su situación de explotación y busquen liberarse de ella. La pobreza cristiana, expresión de amor, es solidaria con los pobres y es protesta contra la pobreza".

Las exigencias de Jesús de total despojamiento tienen que entenderse dentro de esta dinámica de un compromiso total con los pobres del Reino.

La pobreza-compromiso-de-amor se impone hoy en América Latina como la forma histórica de misionar de la Iglesia y como la manera de legitimar su propio voto de pobreza la vida religiosa.

La pobreza-compromiso constituye la forma más elevada del amor, porque sale al encuentro del otro como otro y no como alguien de la misma clase o prolongación de nosotros mismos. Ser pobre hoy para la Iglesia y para los cristianos a nivel personal es entrar en un compromiso por la justicia de esas inmensas mayorías empobrecidas económicamente y ofendidas en su dignidad de hombres y de hermanos. Poner su conciencia, su lenguaje, su peso social, sus bienes y su presencia histórica en las sociedades latinoamericanas en favor de esos otros que constituyen los "muchos" (todos) por los que también vivió y murió Cristo, significa para la Iglesia una llamada de conciencia ineludible que juzga del carácter evangélico y liberador de su actuación en el mundo.

